

San José, Esposo de la Virgen María (19 de marzo)

Importancia de San José en la historia de la salvación

El año pasado, en esta misma plataforma de Pastoral Santiago, proponíamos contemplar a San José con la misma mirada del Papa Francisco, manifestada en la homilía de la inauguración de su pontificado; este año nos fijamos en un aspecto básico del magisterio de San Juan Pablo II sobre la figura de San José.

En la «carta magna» de la teología de san José, es decir, en la exhortación apostólica *Redemptoris custos*, escrita por Juan Pablo II (15 de agosto de 1989), la figura de san José es constantemente considerada bajo la luz de la economía salvífica, que «tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación». Precisamente José de Nazaret «participó» en este misterio como nadie, a excepción de María, la Madre del Verbo encarnado. Él participó junto a ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos ha predestinado a ser hijos suyos por obra de Jesucristo» (Ef 1,5) (RC 1).

Notable es la importancia que el magisterio atribuye al matrimonio de san José con María: «Para la Iglesia, si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José» (n. 7).

«La paternidad de José pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia» (ib). Se trata de una paternidad «auténtica» (n. 21), tan única como indispensable. De hecho, «san José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente «ministro de la salvación»» (n. 8). Sólo una exacta valoración del papel paterno en la familia permite comprender cómo Dios eligió el ministerio de José, tan «asumido» en la realidad de la encarnación (cf n. 21), como para poder decir que «san



José, pertenece al orden de la unión hipostática» (Suárez). De hecho, es José quien honra con su título de «esposo de María» a su divina maternidad; es él, «hijo de David» quien ha transmitido a Jesús la descendencia davídica, indispensable para ser reconocido como «el Cristo»; es él, quien lo ha introducido entre los ciudadanos del mundo, inscribiéndolo en el registro de Belén con ocasión del censo ordenado por Augusto; es él, quien ha introducido a Jesús en el pueblo de la alianza, proveyendo al rito de la circuncisión; es él, quien ha impuesto al Verbo de Dios encarnado, bajo mandato del Padre y con pleno derecho legal, el nombre de Jesús, que lo designa como «Emanuel», es decir, «Dios con nosotros»; es él, quien lo ha presentado al Padre, cumpliendo la ofrenda ritual del primogénito y participando en la siguiente ratificación de tal ofrenda, hecha por Jesús a los doce años con ocasión de su permanencia en el templo; es él, quien ha protegido al niño y a su madre en los viajes al exilio y en su vida de prófugos en Egipto; es él, quien lo ha introducido en la tierra de Israel; es él, quien ha procurado su

manutención, su alimento y vestido, su crecimiento, como padre «nutricio»; es él quien le ha enseñado un oficio y le ha dado la categoría de «hijo del carpintero»; es él quien lo ha educado en la oración y en el conocimiento de la vida y del mundo. José ha sido verdaderamente el «pórtico del Evangelio de las bienaventuranzas», según la definición de Pablo VI (19 de marzo de 1968).

Considerando con atención los misterios de la vida de Cristo, y en particular los de su vida oculta, Juan Pablo II subraya el papel que en ellos tuvo san José así como los singulares dones recibidos de Dios para cumplir adecuadamente tan gran misterio. (T. Stramare)

Del Oficio de Lectura de la solemnidad (Sermón de S. Bernardino de Siena)

Es norma general de todas las gracias especiales comunicadas a cualquier criatura racional que, cuando la gracia divina elige a alguien para algún oficio especial o algún estado muy elevado, otorga todos los carismas que son necesarios a aquella persona así elegida, y que la adornan con profusión. Ello se realizó de un modo eminente en la persona de san José, que hizo las veces de padre de nuestro Señor Jesucristo y que fue verdadero esposo de la Reina del mundo y Señora de los ángeles, que fue elegido por el Padre eterno como fiel cuidador y guardián de sus más preciados tesoros, a saber, de su Hijo y de su esposa; cargo que él cumplió con absoluta fidelidad. Por esto el Señor le dice: Bien siervo bueno y fiel, pasa al banquete de tu Señor. Si miramos la relación que tiene José con toda la Iglesia, ¿no es éste el hombre especialmente elegido, por el cual y bajo el cual Cristo fue introducido en el mundo de un modo regular y honesto? Por tanto, si toda la Iglesia está en deuda con la Virgen Madre, ya que por medio de ella recibió a Cristo, de modo semejante le debe a san José, después de ella, una especial gratitud y reverencia.

Acuérdate, pues, de nosotros, bienaventurado José, e intercede con tus oraciones ante tu Hijo; haz también que sea propicia a nosotros la santísima Virgen, tu esposa, que es madre de aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos infinitos. Amén.